



UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

Santiago, 11 de Julio de 1973.-

Señor
Patricio Aylwin
Presidente Partido Demócrata Cristiano
PRESENTE. -

Estimado señor Presidente del Partido:

Con fecha 3 de julio, los Rectores de las Universidades no estatales entregamos una declaración pública, señalando que a nuestro juicio constituía un deber patriótico imperativo de la hora presente "buscar un cierto grado de leal consenso democrático". "Sería absurdo, agregaba nuestra declaración, que el propósito de ese consenso mínimo tuviese una formulación negativa, pretendiendo vanamente contradecir el proceso revolucionario que conmueve en grados diversos y con orientaciones a menudo contradictorias no solamente a Chile sino a toda la América Latina y al mundo entero. El consenso imperativo en esta hora, decíamos, no puede ser para la defensa del viejo orden social, desbordado manifiestamente por la historia y por las exigencias del pueblo en ascenso hacia la plenitud de su rol como



principal protagonista del destino nacional, sino para abrir un cauce vitalmente democrático a los valores e instituciones que han de vertebrar una nueva sociedad. La batalla por la justicia, concluía la declaración de los Rectores, no tiene por qué librarse al precio de romper la unidad esencial de la nación o destruir los valores democráticos fundamentales".

El señor Presidente de la República ha tenido a bien referirse en diversas ocasiones a esta declaración. Igual cosa ha hecho el Ministro del Interior al delinear la política del nuevo Gabinete. Esta declaración fue además ampliamente difundida por la prensa, la radio y la televisión. Constituyó, en días difíciles, una palabra dicha con lealtad e independiente, representativa del sentir de muchos y acogida, precisamente por lo mismo, con generosa disposición de ánimo.

Sin embargo, la situación de Chile exige más que palabras. Reclama actitudes y conductas consecuentes. Exige no solamente buena disposición. También decisión para actuar. Exige ir más adelante y trascender las manifestaciones de buena voluntad para encontrar, en la práctica, respuestas de mínimo consenso frente a los más urgentes problemas que nos afectan.



Es en esa perspectiva, y con el solo respaldo de una conducta invariable en defensa de la democracia y los ideales universitarios, que me dirijo a usted, en mi calidad de compañero de Partido.

Estimado señor Presidente de la Democracia Cristiana: pienso no ser alarmista al haber declarado, junto a los Rectores de las Universidades no estatales, que "la incomunicación notoria entre los diversos sectores que constituyen la nación, está conduciendo a tales formas de irracionalidad en su relación recíproca que, si continuara como hasta ahora, abocará a corto plazo a los chilenos a alternativas catastróficas en sustitución de las alternativas democráticas".

Constatamos todavía la existencia de esa amenaza que se cierne sobre los horizontes de Chile y que tenemos el deber superior -todos los chilenos- de evitar, cualquiera sean los sacrificios que debemos imponernos.

Vivir en democracia y transformar el país en democracia es el mayor privilegio a que un pueblo puede aspirar. En cambio, vivir una guerra e imaginar que de ella puede surgir un orden mejor y más humano, es la mayor tragedia de un pueblo



y una equivocación histórica que sembraría el dolor y la destrucción. Esta misma advertencia hicieron los Obispos latinoamericanos reunidos en Medellín al desechar el camino de la fuerza irracional. ¿Cómo no recordar aquí que la exaltación de la muerte como método de dirimir el debate político y de generar un orden social diferente, constituye la esencia misma del fascismo? No cabe duda que los partidos del Gobierno han abusado del concepto de "fascismo" utilizándolo indebidamente para motejar, en forma indiscriminada, a cualquier opositor. Pero no podemos menos que mirar con alarma como ciertas formas equivocadas de combatir los excesos del Gobierno han generado a su vez, en la base social, una mentalidad cada vez más proclive al totalitarismo.

No podemos permitir que la lógica de la violencia desintegre nuestra nacionalidad. Debemos actuar para evitar que nos desborde y se imponga. No queremos soluciones de fuerza para el futuro del país y por eso debemos trabajar hoy para encontrar alternativas democráticas eficaces.

Generalmente los pueblos aprecian los valores una vez que los han perdido: nos ha costado tanto construir la libertad y la podemos matar en un día o destruirla con una guerra.



El Partido Demócrata Cristiano tiene en esta encrucijada histórica una responsabilidad que ninguno de sus militantes puede eludir. Es el Partido mayor y más representativo de la nación. Su base popular es garantía de una posición política progresista. Sus ideales son profundamente democráticos y revolucionarios. En una hora tan grave como la presente se hace necesario que el Partido, con perspectiva histórica, sepa descubrir los signos del tiempo y realice aún los esfuerzos más audaces para asegurar la vigencia democrática, unir al pueblo y avanzar hacia metas de justicia social e independencia nacional.

Entendemos que esos esfuerzos resultarían vanos si el Gobierno y los partidos que lo apoyan no comprendieran que su deber es -igualmente- generar condiciones necesarias para una convergencia de esfuerzos y la creación de "un cierto grado de leal consenso democrático". El señor Presidente de la República ha manifestado reiteradamente durante estos días que tal es su disposición. No tenemos derecho a dudar de su intención; tenemos el derecho, en cambio, a ofrecer una respuesta equivalente o bien a negarla.

Quisiera que estas líneas sirvieran para re-



mover las conciencias y salvar prejuicios a fin de que el Partido asuma una posición decidida y generosa: es esta la hora de buscar un consenso que nos permita convivir en paz y forjar la Patria sin dividir al pueblo.

El Gobierno y nuestro Partido deben iniciar un diálogo abierto, leal y constructivo en torno de los principales problemas que afectan a los chilenos y que provocan la incomunicación entre los sectores progresistas de la nación.

Imaginamos y postulamos un diálogo sin condiciones previas, llevado a cabo responsablemente y con ánimo de encontrar caminos de solución para los más urgentes problemas políticos y económicos.

Llamamos a un diálogo donde los interlocutores, sin perjuicio de su propia fisonomía doctrinaria y política, busquen acuerdos mínimos para enfrentar situaciones que permiten y reclaman una convergencia de voluntades.

Creemos posible ese diálogo. Lo estimamos necesario. Mantener por más tiempo una incomunicación que se ha prolongado ya demasiado, es empujar el país hacia un abismo sin regreso. Guerras que duraron decenios y costaron la vida de miles de hombres, mujeres y jóvenes han podido solucionarse



por la negociación y el consenso. Un largo período de hostilidad internacional cede hoy ante un nuevo ánimo de discusión y acuerdos. Nosotros, en nuestro país, tenemos la responsabilidad de frenar una carrera ciega que "abocará a corto plazo a los chilenos a alternativas catastróficas".

Estimado señor Presidente:

Sé las enormes dificultades que conlleva el cargo que usted ejerce. Sé de su lealtad para con el Partido. Mis palabras pretenden ser una incitación para la reflexión colectiva y las decisiones próximas que adopte la colectividad que usted preside.

Entiendo lo difícil que es, en las circunstancias actuales, dar un paso en una dirección que necesariamente entraña riesgos y que constituye una apuesta. Conozco asimismo los problemas objetivos que conspiran contra esta iniciativa. Hay y ha habido sectarismos innecesarios que ponen al Partido en actitud de defensa. Hay fuerzas extremistas que quisieran impedir el diálogo. Hay situaciones de hecho que podrían hacer temer por el éxito de una gestión destinada a buscar zonas de leal y mínimo consenso: existe el problema irresuelto de la promulgación de la reforma constitucional que reglamenta las áreas de la economía y en torno de la cual se han manifestado interpretaciones di-



2

vergentes entre dos Poderes del Estado. Existe la presión social de sectores del pueblo que se sienten amenazados y que proclaman su voluntad de defender con fuerza lo que sienten como derechos conquistados. Existen querellas entre órganos del Estado, alimentadas por una guerra verbal que excede los límites de la racionalidad. Existe el problema pendiente de una reglamentación legal eficiente para la televisión chilena y la aprehensión de algunos sectores de que se pudiera atentar contra la libre expresión de ideas. Hay aún un debate abierto en torno de las reformas que deben introducirse a nuestro régimen educacional. Por último, existe un conjunto de problemas en el orden económico, que afectan directamente a la población y que, sin lugar a dudas, son motivo de preocupación y, no pocas veces, causa de naturales tensiones y de expresiones desesperadas.

Buscar vías de solución para esos problemas y para otros es responsabilidad primordial del Gobierno. Pero es, en las actuales circunstancias, un desafío que compartimos todos los chilenos y, en particular, nuestro Partido. Pensar que solamente el Gobierno y las fuerzas políticas y sociales que lo apoyan podrían hacer frente al destino de Chile y superar los obstáculos.



los presentes es, por lo menos, una ingenuidad. Sólo el pueblo, del cual nuestro Partido es una expresión mayoritaria, puede -a través de su unidad- encontrar caminos abiertos para el progreso del país y la instauración de una nueva sociedad. El pueblo unido, concertando esfuerzos, aunando voluntades, buscando consensos por medio de sus expresiones políticas más representativas, es una fuerza incontenible de construcción histórica. Está en nuestras manos y en manos del Gobierno ofrecer a Chile un cauce amplio para proyectar esa fuerza.

Invariablemente, desde la Rectoría de la Universidad Católica de Chile, yo defenderé esta posición. Lo haré -como hasta ahora lo he hecho- no con fines políticos subalternos, que dañan la esencia de la Universidad, sino que recogiendo la superior y permanente vocación de la Universidad en una sociedad como la nuestra. Siempre las Universidades han sido baluartes contra las manifestaciones irracionales, la violencia y la muerte. Siempre han asumido, en nombre de la inteligencia y la creatividad del hombre, el combate contra el fanatismo que obnubila y ciega. Ayer Unamuno, desde el alto sitio de Salamanca, y sintiendo la



agonía de España que se precipitaba hacia el fascismo, nos legó un ejemplo de entereza moral y espíritu universitario. Ayer, en la Francia sojuzgada por el naciismo, la Universidad supo rehacerse en las trincheras donde el pueblo luchaba por la libertad. Ayer, también, los universitarios de toda América Latina han sabido jugar su vida en defensa de la libertad. Quiera Dios que seamos capaces de aprender de la historia y evitar para Chile la amenaza de un destino irracional. Quiera Dios que sepamos estar a la altura de la tradición universitaria.

Estimado señor Presidente:

Estoy cierto que en las horas duras que vivimos el Partido Demócrata Cristiano asumirá en plenitud su responsabilidad para con el pueblo. No puedo pensar siquiera un instante que alguien que merezca el nombre de demócrata cristiano no esté dispuesto a jugarse por entero por el afianzamiento de la democracia, la preservación de la libertad, la lucha contra los extremismos y el avance del pueblo hacia su total liberación.

Entrego, señor Presidente, esta carta a usted esperando que la acoja con el mismo espíritu de generosa



UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

11.-

colaboración con que ha sido escrita, y envió copia de ella a los miembros del Consejo Nacional del Partido y a algunos camaradas con quienes me unen sentimientos de amistad. Por un imperativo de conciencia y por el cargo que desempeño he creído un deber hacerla llegar, asimismo, a su Eminencia el Cardenal Silva Henríquez.

Cordialmente lo saludo.


FERNANDO CASTILLO VELASCO